

## SIMONE WEIL. LA BALANZA DE UNA PENSADORA LIMINAR

Simone Weil. The balance of a *liminal* thinker

*Andrea Fuentes Marcel*

Universidad de Barcelona, Barcelona, España  
afuentesmarcel@gmail.com

### Resumen

Al referirme a Simone Weil con el adjetivo de *liminar*, me propongo situar su pensamiento en el polo opuesto a las experiencias radicales que se dispuso a sondear y comprender, desde una capacidad intelectual que la acerca más propiamente a la raíz *limen*, umbral que a *limes*, límite. Su alto potencial liminar para pensar dichas experiencias le permitió transitar por el espacio umbrío que se da entre cada concepto claro, travesía que desvelará estos conceptos, las más de las veces, como equívocos o como la sola disponibilidad para ejercer poder. Así, si bien habitualmente se la ha etiquetado como pensadora radical lo cierto es que su búsqueda, consistente en exploraciones, no la llevó a forjar conceptos extremos ni a aspirar a formas de fundamentalismo alguno, antes bien, advertía acerca de la necesidad de precaverse lúcidamente de ellos en la tarea de pensar la política.

*Palabras clave:* justicia, fuerza, impersonal, atención, umbral, balanza.

### Abstract

When referring to Simone Weil as *liminal*, her thinking would be located at the other end of the radical experiences that she set out to probe and understand. Weil, from an intellectual capacity, would be properly closer to the *limen* root, a threshold to *limes*, limit. Her high liminal potential to think about these experiences allowed her to travel through the shady space existing between each clear concept, a journey which, most of the time, will reveal these concepts as misunderstandings or as the only availability to exercise power. Thus, and despite having usually been labelled as a radical thinker, the truth is that her research, based on explorations, did not lead her to forge extreme concepts or to aspire to any form of fundamentalism. In fact, Weil warns about the need to be lucidly cautious of them when thinking about politics.

*Keywords:* justice, strength, impersonal, attention, threshold, balance.

*Fecha de Recepción:* 01/05/2021 - *Fecha de Aceptación:* 31/07/2021

## I

Al referirme a Simone Weil con el adjetivo de *liminar*, me propongo situar su pensamiento en el polo opuesto a las experiencias radicales que se dispuso a sondear desde una capacidad que la acerca más propiamente a la raíz *limen*, umbral que a *limes*, límite. Así, si bien habitualmente se la ha etiquetado como pensadora radical, lo cierto es que su búsqueda no la llevó a forjar conceptos extremos ni a aspirar a formas de fundamentalismo alguno, antes bien, advertía acerca de la necesidad de precaverse de ellos en la tarea de pensar la política.

Sí fueron extremas y radicales las experiencias a las que se prestara desde muy joven, y su alto potencial liminar para pensarlas le permitió transitar por el espacio umbrío que se da entre cada concepto claro, travesía que los desvelará, las más de las veces, como equívocos. De aquí que mientras elucida pueda, por momentos, generar una sensación de deriva semántica en el lector. Así es como observamos que, través de una extensa escritura, Weil explora avanzando en el tratamiento de las cuestiones que la ocupan, muchas veces poniendo en copresencia ámbitos colindantes entre espíritu y política o mejor, entre áreas que en el discurso se hallan habitualmente alejadas entre sí.

Weil advierte que en el aprendizaje que nos lleva a saber leer las circunstancias en las que debemos interactuar de manera justa, cabe ser cauto ante dos encierros: el del espíritu en el lenguaje y el de las pretendidas significaciones absolutas que han conducido a auténticas masacres humanas por atribuir mayúsculas a ciertas palabras que conducen a absurdos sangrantes, sin haberlas abierto, revisado y constatado que son sedes vacías de significado cuyo interior, en primera instancia, solo contiene una disponibilidad para la necesidad ciega de ejercer poder. Afirma en su ensayo de 1937 “No empecemos otra vez la guerra de Troya”, que en virtud de vocablos que no quieren decir nada, se enfrentan hasta el exterminio mutuo seres humanos en función de expresiones enfrentadas, “pues ésta es una característica de tales palabras, que viven por parejas antagónicas” (2007a 353).

Desactivar su peligro pasa por definir las. Si alguien se tomara ese trabajo — que casi podría tener un carácter de servicio público que preservaría existencias humanas—, y ese alguien fuera escuchado, entonces cada palabra perdería su mayúscula, dejaría de ser un monumento, una bandera o un blanco enemigo y pasaría a formar parte del resto de las palabras, es decir, sería solo una “referencia para ayudar a captar una realidad concreta, o un objetivo determinado, o un método de acción” (2007a 353). Afirma Weil que el fantasma de Helena, ser humano de belleza perfecta que ocupa el centro de la guerra de Troya, es más real y concreto que la oposición entre términos monumentales que se quieran instaurar como absolutos. Cabe asumir la urgencia de desactivar apariencias de significados

absolutos e independientes de realidades que son esencialmente cambiantes y determinadas por el juego móvil de las necesidades, las cuales se transforman en función de ciertas condiciones y ciertos límites, sin embargo, los seres humanos “actuamos, luchamos, nos sacrificamos a nosotros mismos y a los otros en virtud de abstracciones cristalizadas, aisladas, imposibles de poner en relación entre sí o con cosas concretas” (2007a 354).

Seis años más tarde, en su ensayo esencialmente político, escrito en Londres, “La persona y lo sagrado”, Weil examina afiladamente diversos conceptos que quedarán por resignificar después de su intervención, como son los de persona, derecho y democracia. Subraya el caso de las instituciones que regulan la vida pública, cuyos funcionarios no deberían tener otro sentido, otra inspiración que hacer el bien a los seres humanos. Sin embargo, observa que aquellos que asumen cargos incluso con buenas intenciones “quieren distribuir el bien sobre sus contemporáneos; pero generalmente cometen el error de creer que primero podrán ellos mismos comprarlo a la baja” (2000a 39). Asimismo, pone especial énfasis en la necesidad de crear lo que no existe, es decir, instituciones “destinadas a discernir y a abolir todo lo que, en la vida contemporánea, aplasta las almas bajo la injusticia, la mentira y la fealdad” (*Id.* 40). Hay que inventarlas, sigue Weil, pues “son desconocidas, y es imposible dudar acerca de si son indispensables” (*Ibid.*). La semántica y la acción a la que aluden las palabras fenoménicas en lo interhumano, han de estar inspiradas en un “bien superior, que es impersonal y no tiene relación con ninguna forma política” (*Ibid.*), ni con forma alguna de poder pues es inimaginable que un político privilegiado, al hablar de justicia, esgrimiera que lucha para que todos disfruten de privilegios equivalentes a los suyos. Lo político por excelencia debe brotar de una dimensión impersonal, que no defienda intereses particulares o desatienda lo prioritario que es el bien común y la máxima capacidad de reducir a mínimos la desdicha por opresión sea laboral que humana en los ciudadanos.

La regulación de la vida colectiva como el mismo pensamiento deben contar con una inspiración superior y estar “arraigados en la ausencia de lugar” puesto que es “exiliados de toda patria terrestre” (Weil 2007b 86) como alcanzamos más realidad, permitiendo que se amplíe el radio de relaciones copresentes en el espíritu.

“Eso que llamamos mundo son las significaciones que nosotros leemos” (Weil 2016 147), significados que aprendemos a través de las sensaciones creadas en nuestros cuerpos, de aquí la importancia política de los mismos tanto como lo es la naturaleza esencialmente política del lenguaje. En este sentido Simone Weil reconoce a los griegos la capacidad de ser “geómetras en el aprendizaje de la virtud” (2007c 25). Y probablemente esté visualizando la conveniencia que quedará

expresada años más tarde en *L'Enracinement*<sup>1</sup>, de ir a buscar e indagar lo que llama el “arte de transponer las verdades” (1996 68) arte raro, pero esencial dado que también “en el pensamiento hay un espacio de tres dimensiones” (*Ibid.*). Weil expresa que lo saludable y necesario para la cultura y sus contenidos es encontrar esas adecuadas transposiciones a través de las capas que componen la producción cultural, para así conseguir poner la verdad al alcance de todas las gentes. Transponer sería el modo en que el conocimiento de las verdades saliera de la atmósfera irrespirable en que se halla encerrada la cultura. La tarea implica modificar, y en mucho, la impartición del saber y la formación de la atención, incluida la enseñanza de la geometría: a juicio de Weil, se trata de que deje de divulgarse como un saber ajeno a toda relación con el mundo. Asimismo, sostiene que la transposición constituye de por sí un criterio de verdad: aquello que no puede ser transpuesto “no es una verdad” (*Ibid.*). Se trata de que dicha verdad deje de ser objeto de especialistas, como también de degradarse a medida que desciende su transposición. Recordemos que Weil, en su incansable activismo sindical y libertario, tradujo y explicó las tragedias griegas para los obreros y consideró urgente el esfuerzo por examinar y reconciliar obreros y poesía griega con vistas una “nueva orientación de la cultura” (*Id.* 70).

Dentro de la inevitable vulgarización, deformación, viralización y burocratización en la que incurre la transmisión de la cultura, se habría instalado una desconexión estructural entre los razonamientos geométricos y su carácter de necesidad en nosotros, como criaturas “circunscritas en el espacio y el tiempo [...] La geometría ha perdido su sabor, su esencia. Su esencia consiste en ser un estudio que tiene por objeto la necesidad” (*Id.* 69), esa misma necesidad que, de hecho, es soberana en la vida de las sociedades.

Si transformar el mundo pasa por modificar lo que los seres humanos *leemos* en este, se hace imprescindible habilitar transposiciones semánticas, un trabajo de desciframiento y transmisión que se presenta como ineludible ante palabras muchas veces destructivas —cuando no han devenido directamente mortíferas—, como “nación, seguridad, capitalismo, comunismo, fascismo, orden, autoridad, propiedad”. (2007a 353). Hoy en día el acento de las urgencias descifradoras está

---

<sup>1</sup> La primera edición de esta obra en Gallimard, París, 1949, se realizó por decisión de Albert Camus, entonces director de la colección *Espoir*, quien consideró este manuscrito como un “tratado sobre la civilización”. Se publicó posteriormente en colección *Idées*, Gallimard, París, 1962 y Colección *Folio Essais*, Gallimard, París, 1990. Al igual que los *Escritos de Londres*, *L'Enracinement* fue redactado en dicha ciudad, a la que Simone Weil llegó, procedente de Nueva York, en diciembre de 1942. La obra responde al encargo que le hiciera André Philip para la plataforma *France Libre* y se trata de un estudio llevado a cabo por Weil para la reorganización de Francia después de la guerra. Cabe tener presente que en palabras epistolares de la propia Weil esta fue ‘su segunda gran obra’.

puesto en palabras o expresiones que estandarizan, excluyen y a la vez segmentan empíricamente el campo social y político, en función del género, la raza, la clase social, la orientación sexual, la emergencia ecológica, el idioma, el feminismo, el patriarcado, el nacionalismo, las castas, el nomadismo, la condición de indígena, la condición de inmigrante, la condición de refugiado, el extractivismo, la esperanza de vida.

La tarea de indagación de las sedes semánticas debe ir acompañada de un aprendizaje, atento y laborioso —por ello requiere su *tempo* y sus diálogos, que no es el *tempo* de la bolsa del mercado de valores—, la tarea debe dotar de sentido a estas palabras, cuyo significado no puede tener un carácter ni definitivo ni idolátrico, sino que deben modularse mediante bisagras que permitan su uso en la realidad social que se quiera hacer pensable: “hay democracia en la medida en que [...], hay capitalismo en tanto que...” (Weil 2007a 353), es decir, poniendo en uso nociones esenciales para la inteligencia como “medida, grado, proporción, relación, correspondencia, condición” y otras (*Ibid.*) y contando que dicho análisis no solo sea transversal sino efectivamente vinculante con la vida colectiva.

Al referirse a lo que llama justicia verdadera Simone Weil muestra que no solo se trata de una noción distanciada del derecho, sino que tanto el derecho como la justicia se recortan y evidencian principalmente en relación al fenómeno de la fuerza y de la desventura humana que de ella se deriva. Asevera que desde que nacemos no existen escenarios neutros y su creciente desconfianza mostrada hacia la fuerza, la lleva a reflexionar críticamente buscando ponerla en evidencia y encontrando en conceptos colindantes —y a la vez lejanos a cualquier forma de radicalidad—, un mejor modo de pensar lo político y lo social. Pero si bien fuerza y desventura coinciden en no poder erradicarse completamente de la vida de las sociedades, es la experiencia del *malheur* la que enseña al hombre a pensarse a sí mismo como un ser limitado, dependiente y estructuralmente vulnerable. Así pues, la fuerza quedará íntimamente asociada al poder y la desventura a la verdad. Y en la medida en que la desventura participa de una misma especie de atención que la belleza, solo esta puede superar por unos instantes los estragos de la fuerza.

Lo dicho comporta que en el pensamiento de Weil reducir el *malheur* pase a ser uno de los objetivos prioritarios de la verdadera política, al tiempo que el lenguaje como dispositivo político de primer orden, quede sujeto a una revisión constante que permita neutralizar, descolonizar y regular continuamente la fuerza en él imprimida.

Asimismo, Weil se propone desenmascarar el derecho instaurado en una sociedad que se ha creído basada en algo distinto de la fuerza, pretensión que ve necesario desactivar para ir a focalizar el fundamento de la justicia en las obligaciones respecto al ser humano y no en sus supuestos derechos. Será en el ejercicio de la atención que se aprenda a *leer* las situaciones y a reconocer cuál es su

obligación en cada momento, indicando que en las ocasiones en que se ocupe el lugar superior “la virtud sobrenatural de la justicia consiste en conducirse exactamente como si hubiese igualdad” entre partes desiguales (Weil 1993 90). Ambos, el poderoso y el necesitado, en esta clave, caracterizan actitudes que exceden la pura relación mecánica de fuerzas de cálculo, pues el fuerte actuaría movido por el concebir como iguales a aquellos que están muy por debajo de él, por pura solidaridad; y el desventurado experimentaría, en el mejor de los casos, una gratitud pura, “sin sumisión ni rebeldía.” (*Ibid.*)

Las palabras conclusivas de Simone Weil en su ensayo “La *Iliada* o el poema de la fuerza”, escrito en París entre 1939 y 1940, aluden al carácter milagroso de esta primera epopeya por su acierto al dejar representada en el poema la irreductible subordinación del alma humana a la fuerza. Es esta la que hace del sujeto político materia inerte o directamente un cadáver. La fuerza —“no mata todavía. Sin duda matará, o matará tal vez, o está solamente suspendida sobre el ser al que a cada instante puede matar; de todos modos, transforma al hombre en piedra” (2007c 16)— pasa a constituir el residuo ineliminable de la política y es entendida, por una parte, como violencia explícita allí donde se manifiesta, siendo la guerra su forma más extrema. Por la otra, como aquella fuerza aplicada, y menos evidente, a la lectura de las significaciones: aquella fuerza que imprime torsiones en el lenguaje para que prevalezca una única lectura de la realidad. Entre estos dos polos se despliegan diversas estrategias de dominio que sesgan la vida colectiva, como la opresión proveniente de ideologías y estructuras de discriminación del género, como la fuerza ejercida por los determinismos tanto sociales como raciales, la que observamos en las geografías del exterminio y, asimismo, aquella que genera el desmedro existencial y climático en que nos hallamos inmersos. A la fuerza solo se le puede oponer atención, lucidez e ironía en medio de la oscuridad que nos comprende, pues tanto en la *Iliada* como en la vida nadie queda sustraído de la fuerza y, por consiguiente, de la desventura que comporta; y si bien nadie es poseedor de la fuerza de manera definitiva ni tampoco se está exento de *malheur* por siempre, lo que cada vez se cumple es una proporción despiadada en la balanza social, entre la fuerza que aplasta, ejercida por almas humanas cegadas que creen poseerla, y el *malheur* de quienes experimentan las consecuencias desventuradas de cada sometimiento.

## II

La figura de la balanza —a la que Simone Weil se refiere en diversos momentos de sus extensos *Cahiers*, como también en *L'Enracinement*—, es un antiguo símbolo egipcio que habría sido un objeto religioso antes de su uso comercial y constituye el gran paradigma que en nuestro imaginario representa tanto el equilibrio como el

consentimiento mutuo. No obstante, no se queda con aquella figura icónica de la justicia en la civilización: una balanza de brazos y platillos isomórficos — perfectamente inmóviles en un equilibrio las más de las veces inexistente en el campo interhumano, sostenida por una mujer con los ojos vendados—, sino que su inquietud la lleva concebir una balanza elaborada fuera de una simetría de entrada y que permite considerar la mayor copresencia de opuestos en equilibrio en el pensamiento. Es decir, generar consensos haciéndonos cargo de la coexistencia de las diferencias.

A partir del teorema de Arquímedes sobre los cuerpos flotantes, Weil articula una balanza de brazos desiguales para, de este modo, propiciar al pensamiento el dirigirse hacia la justicia verdadera al tiempo que inspirar eficazmente su aprendizaje en la justa lectura de las situaciones. Si se es capaz de leer este simbolismo mediante una afinada atención —lectura que probablemente hiciera capaz al entendimiento de discernir entre los binomios ‘equilibrio-simetría’ y ‘equilibrio-equivalencia’—, el alma podría dejar de ser aplastada por la sola lectura continua de la fuerza en la materia, y llegar a concebir lo inconcebible: “que el gramo supere al kilo”<sup>2</sup> (2003 259). Lo que traducido al campo social sería que los débiles consigan ser más fuertes que los fuertes, articulándose mediante el instrumento ‘ley’ en el plano del derecho —que en última instancia enmascara la fuerza coactiva que igualmente lo caracteriza—, pero sobre todo mediante la ‘ley no escrita’ en el plano de la justicia verdadera, puesto que justicia es una noción que no se dejará definir de una vez por todas, aunque debería poderse reconocer en las distintas situaciones.

Si bien lo natural es que lo pesado prevalezca sobre lo ligero, en el caso del ser humano vemos que son unos pocos los que someten a muchos: una yuxtaposición masiva de individuos soporta la presión de unos pocos privilegiados. El pulso entre ambos no tiene nada de lo elevado ni de lo próximo a la gracia —como inteligencia, libertad, confianza— que también caracteriza al ser humano; antes bien, escenifica la implacable y muchas veces brutal necesidad de equilibrio que subyace en cada relación colectiva. En la balanza social prevalecen unos pocos sobre masas de subordinados y en la lectura de los fenómenos sociales de obediencia y mandato, ambos bandos se miran colocando un velo sobre el absurdo radical que esconde el mecanismo social. Un sinsentido que para Weil

---

<sup>2</sup> Esta expresión alude a la dimensión irreductible para la razón que piensa lo social, razón a la que toca asumir que la subordinación de las masas a unos pocos contraviene las leyes de la naturaleza elementales donde el kilo prevalece sobre el gramo. La citada expresión la encontramos a través del tiempo, desde la primera obra, *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, escrita en París en 1934, pasando por diversos artículos de 1937, así como también en el último año de vida de Simone Weil, en su ya citado ensayo “La persona y lo sagrado”, publicado en sus *Oeuvres Complètes* como “Collectivité — Personne — Impersonnel — Droit — Justice”.

resultará ser aparente al aplicar la lupa de la atención: sin esta probablemente no haya modo de analizar y desentrañar el enigma de la maquinaria social.

Así pues, usando el postulado del físico siciliano, para quien el universo no sería sino un juego de palancas, Simone Weil elabora una nueva imagen de balanza cuyos brazos son asimétricos, pues allí donde son iguales y estáticos no hay nada que esté a la espera de ser equilibrado, y no se vería representada la solicitud de un cálculo más atento que vincule los hechos humanos con la justicia verdadera. Desde esta calidad de atención lúcida y desinteresada de otros fines, desde la pura espera atenta, se podrían superar las secuencias de la lógica propias de la desnuda gramática jurídica desprendiéndose, al mismo tiempo, del solo cálculo mecánico de las fuerzas en la materia. En este sentido, la propia Weil da un paso más allá de su visión mecanicista del mundo, sin pretender substituir el conocimiento matemático y geométrico del *cosmos*, pues si bien el orden de las cosas no es el orden del pensamiento, confía plenamente en las matemáticas —de las que tenía un conocimiento profundo— como el estudio de lo finito y de lo infinito. Más bien, expresa que cabría probar una “transposición matemática” (2003 259) que conectara eficazmente el dominio mecánico y necesario de las fuerzas calculables del mundo físico con el dominio del bien puro, con ese “Algo misterioso [que] en este universo es cómplice de aquellos que no aman más que el bien” (2006 276, traducción mía). Este bien está rotundamente dissociado del poder y lo concibe como el auténtico polo opuesto del mal natural. Por ello, solo puede tratarse de un bien sobrenatural, que existe allí donde “nada imaginario puede reemplazarlo” (2000b 85). Así pues, se desmarca en parte de Platón, su gran ascendente, estableciendo un enlace distinto, o quizá de mayor completitud, entre lo sensible y lo inteligible puesto que incorpora la gracia caracterizada como lo ligero que se opone a lo pesado, pero sin sustraer el alma de este mundo. Es decir, como dimensión ajena a las netas secuencias previsibles, como elemento que interviene en el espíritu con capacidad de incidir en el devenir mecánico de las fuerzas que interactúan en lo humano, esto es, como único elemento verdaderamente capaz de interceptar la sola cadena causal tal como viene fenoménicamente dada.

La naturaleza de las cosas llevará a que en el juego de fuerzas que es todo campo social, se consiga dar voz a las demandas en el momento y lugar oportunos, en el mejor de los casos. De lo contrario, o mientras no sea así, lo que observamos es mudez de los que experimentan la desventura resultante de la fuerza: no la pueden expresar oportuna y adecuadamente al tiempo que los que sí pueden hacerlo, se proponen dar voz a una desgracia que no interpretan certeramente. Enmudecimiento social que no tardará en traducirse en estallidos sociales incontenibles ante la devastación e injusticias humana, económica y climática.

La experiencia de la realidad se debe contemplar y explorar desde distintos planos y áreas *a la vez*, y sin perder de vista que toda verdad no solo es



experimental, sino que siempre “es la verdad de algo” (Weil 1996 196). Así, si la verdad será tal solo en relación al pensamiento, decir “Amor a la verdad es una expresión impropia” (*Id.*). Weil subraya que la verdad no es sino el esplendor de la realidad y lo que se ama, cuando se ama, no es la verdad propiamente dicha sino más bien la realidad. Es decir, se ama esta o aquella realidad en la verdad que la muestra. De aquí que, en lugar de hablar de amor a la verdad, vale más hablar de un “espíritu de verdad en el amor” (*Id.*). En este arco de sentido la propia Weil recupera la noción de hospitalidad como aceptación de lo distinto y la necesidad de atravesar al otro lado de la pura extrañación ante el diferente y escribe “La tradición de la hospitalidad, aún después de varias generaciones, prevalece sobre la ceguera del combate” (2005 36). Es dicha tradición la que, desde siempre, ha permitido desactivar la locura, la traición, el capricho, la malicia y superar la áspera y neta mecánica de los hechos.

En las últimas líneas del ensayo weiliano hay una prescripción, apesadumbrada por lejana, respecto a la misma Europa que viera nacer la *Iliada*, acerca de lo que es deseable para la vida colectiva y que caracteriza al genio épico, a saber: “no creer nada al abrigo de la suerte, no admirar nunca la fuerza, no odiar a los enemigos y no despreciar a los desdichados” (2007c 43). Recordemos que Weil resume en una sola línea la leyenda del Graal diciendo: *no accederás al Santo Grial si antes no preguntas por su dolor al rey paralítico que lo custodia*.

En su primera gran obra *Reflexiones sobre la libertad y la opresión social* (2015), Weil establece que existen distintos modos de ser privilegiados, hoy en día podemos detectarlos en poseedores de bienes y secretos económicos, cúpulas de monopolios que pertenecen al poder oculto del mercado global, informáticos de los *media*, expertos en ecología, ingenieros del medio ambiente, industriales químico-farmacéuticos, concededores de los códigos de la energía nuclear, autoridades de la NASA, programadores de algoritmos, propietarios del *big data*. Así, en 1934, Weil pone un acento especial sobre dos gremios: por una parte los creativos de la publicidad capitalista, sobre esto advierte acerca de los peligros que ya se han naturalizado en los *mass media* y califica de ‘crimen’ toda aquella propaganda que inste al consumo de lo superfluo, enfatiza que es peligroso dejar en manos de la oferta y la demanda el horizonte existencial tanto de obreros como de trabajadores del campo, hasta el punto de afirmar que es desastroso y sacrílego envilecer de ese modo el trabajo y olvidar que, en el ámbito comercial, lo que está en juego en las ventas a la baja, es el alma misma del ser humano. Por otro lado, también son privilegiados los poseedores de armas en relación a los trabajadores que, por esencia, son seres humanos desarmados a los cuales se les podría arrebatar toda la producción, quedando así invertida la función de la clase de los guerreros que debía defender a los trabajadores en la *polis* platónica. Si se introduce el oro y moneda como valores de cambio se observa que dondequiera que, en la lucha

contra los hombres o contra la naturaleza, los esfuerzos han de unirse y organizarse para ser eficaces, la coordinación deviene monopolio de algunos dirigentes, una vez alcanzado un cierto grado de complicación. En este sentido resulta imperativo volver a revisar lo que Weil califica como juego de un ‘misterioso equilibrio’ por el cual, si bien la colectividad humana en buena medida, se ha emancipado del peso con el que las desmesuradas fuerzas de la naturaleza abruman a la débil, aunque destructora humanidad; en contrapartida ha tomado de algún modo la sucesión de la naturaleza hasta el punto de someter y aplastar al individuo de manera análoga. La transformación social es ineludible tanto para el propio ser humano —no solo vulnerable sino dirigiéndose, en este siglo XXI, al cultivo de una precaria existencia—, como para las crisis sanitaria y climática del planeta con sus devastadores efectos, no sabemos hasta qué punto reversibles.

Es únicamente a través de la atención creadora, próxima a la facultad de la imaginación —y no de la fuerza que esté a nuestro alcance—, que el ser humano puede aprender a leer los fenómenos interhumanos y estando cierto de lo que *lee* en ellos, podrá reconocer cuál es su papel allí donde le toca intervenir. En esta línea de espera, lo más adecuado es desear “la verdad en el vacío [*vide*] y sin intentar adivinar de entrada el contenido [...] En eso, precisamente, consiste todo el mecanismo de la atención” (2000c 110). Formar la atención de los seres humanos es lo que para Weil significa cultura, y solo la cultura es la que transforma la educación y la que nos hace libres. Weil lo expresa de modo interrogativo: ¿estamos ciertos en cada ocasión de estar en nuestro lugar en el terreno de la justicia?

Hoy en día quedan más que patentes las desigualdades que no hacen sino agudizarse y asistimos, a tiempo real, a literales estallidos sociales en cadena ante la creciente privatización y devastación de todo lo que debe ser común a la humanidad y estar al servicio de la vida.

### III

El dramaturgo y filósofo contemporáneo Gabriel Marcel, a quien tengo el honor de estar emparentada por vía materna, consideró a Simone Weil como una hermana de Antígona.

En las páginas de un prefacio escrito en el año 1956 (1966 7-12), Marcel enfatiza que más que citar a Weil —que probablemente equivaldría a traicionar su pensamiento—, debemos dejarnos interpelar directamente por su palabra pues “lleva un mensaje adaptado a cada uno de nosotros” (1966 8). Visibiliza el doble precio que Weil debió pagar por la autenticidad de su progresión intelectual y espiritual: por un lado, observamos, en las décadas que llevamos de recepción de su obra, que ciertos colectivos podrían querer monopolizar su legado. Por el otro,

se ha visto expuesta a quedar marginada de una cierta coherencia intelectual llegando incluso, como hace el mismo Marcel, a no reconocérsele su innegable condición de filósofa. Si bien la considera un espíritu notablemente lúcido y califica su vida y obra con el término de asombrosas. Asimismo, preserva a Weil de un posible sincretismo al que pudiera quedar sujeta según las lecturas de la obra de alguien que, como ella, no solo se halla habitada por el fuego, sino a quien le resultara imposible renunciar a su legado espiritual que consideró múltiple.

Observamos que el innegable alcance liminar de Weil es tal, que cada disciplina podría experimentar la interpelación ante su discurso, al tiempo que la certeza de que cabe seguir construyendo pensamiento e inteligibilidad sin apropiarse en exclusiva de su legado, sin pretender forzar su discurso, reduciendo su riqueza para acondicionarlo a unos intereses determinados. Este modo peculiar suyo debe instarnos a quienes la estudiamos a no radicalizarla y a disponernos a pensar los asuntos del presente, junto a Weil, cuyo proceder no se plasma en una dialéctica que avanza sintetizando a fuerza de eliminar las diferencias y sus tensiones; sino que sus exploraciones avanzan en un *dia-logos*, un trabajo que aspira a una armonía dialógica que se dirige más bien a sostener y regular la copresencia de las diferencias en la construcción constante del mundo que compartimos.

Hoy en día estamos en condiciones de añadir que nuestra filósofa constituyó de manera casi oculta en el siglo XX y de modo evidente en el XXI, una fuente autorizada de inspiración para aprender a pensar de *otro modo*, a formular la pregunta crítica y acceder así a un enunciar transformador. Esto es, aprender a *pensar con el alma y el cuerpo enteros* como lo expresara la propia Weil, evocando a Platón. Pero no solo, pues constituye directamente una linterna para quienes buscan comprender, claro está, pero con urgencia para aquellos que tienen la responsabilidad de componer en sus múltiples planos la vida política.

### ***Bibliografía***

- Marcel, Gabriel. "Prefacio". *Simone Weil*, ed. Marie-Madeleine Davy. Barcelona: Editorial Fontanella, 1966.
- Weil, Simone. "Formas del amor implícito a Dios". *A la espera de Dios*. Madrid: Editorial Trotta, 1993.
- Weil, Simone. *Echar raíces*. Madrid: Editorial Trotta, 1996.
- Weil, Simone. "La persona y lo sagrado". *Escritos de Londres y últimas cartas*. Madrid: Editorial Trotta, 2000a.
- Weil, Simone. "Esta guerra es una guerra de religiones". *Escritos de Londres y últimas cartas*. Madrid: Editorial Trotta, 2000b.

- Weil, Simone. "Notas sobre la supresión general de los partidos políticos". *Escritos de Londres y últimas cartas*, Madrid: Editorial Trotta, 2000c.
- Weil, Simone. "Notas escritas en Londres (1943)". *El conocimiento sobrenatural*. Madrid: Editorial Trotta, 2003.
- Weil, Simone. "Cahier XVI (K16)". *Oeuvres Complètes VI 4, Cahiers (juillet 1942 – juillet 1943). La connaissance surnaturelle (Cahiers de New York et de Londres)*, ed. André A. Devaux y Florence de Lussy, con la colaboración de Marie-Anette Fourneyron, y Jean Riaud. París: Gallimard, 2006.
- Weil, Simone. "No empecemos otra vez la guerra de Troya". *Escritos históricos y políticos*. Madrid: Editorial Trotta, 2007a.
- Weil, Simone. "Decreación". *La gravedad y la gracia*, Madrid: Editorial Trotta, 2007b.
- Weil, Simone. "La *Iliada* o el poema de la fuerza". *Escritos históricos y políticos*. Madrid: Editorial Trotta, 2007c.
- Weil, Simone. *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*. Madrid: Editorial Trotta, 2015.
- Weil, Simone. "Ensayo sobre la noción de lectura". *Apeiron: estudios de filosofía* 5 (2016): 147-149.